

EL CLAMOR DE LOS PAGANOS

Volumen 1 – Sermón No. 189

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 25 DE ABRIL DE 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Se le mostró a Pablo una visión de noche: un varón macedonio estaba en pie,
rogándole y diciendo: Pasa a Macedonia y ayúdanos”
Hechos 16:9***

Esta fue sin duda una visión especial enviada por Dios para la dirección del apóstol, porque se nos dice en el versículo siguiente, que ciertamente aprendieron de esta visión, que el Señor los había llamado a predicar el Evangelio en Macedonia. Y, sin embargo, la visión puede explicarse muy fácilmente por causas naturales. Los hombres suelen soñar con lo que más les ronda por la cabeza. ¿Quién se maravillaría de que el avaro, en su sueño inquieto, sueñe que se ve contando su oro? ¿Quién se extraña de que el sueño de la madre se refiera a menudo a su hermoso bebé? ¿Quién se maravilla de que la esposa sueñe frecuentemente con naufragios, cuando, en la noche tormentosa, yace en su cama, habiendo sido sus últimos pensamientos acerca de su marido en el mar?

No te extrañe que el soldado en las trincheras sueñe con la batalla. Y por eso no podemos maravillarnos de que el apóstol Pablo, cuya alma entera estaba llena de la causa de su Maestro, tuviera una visión en la noche acerca de un nuevo campo de trabajo, que Dios había tenido la intención de abrirse a él. Recordaréis que el apóstol se encontraba, en esta ocasión, en una condición peculiar. Al principio se esforzó por predicar el evangelio en Frigia y Galacia, pero el Espíritu Santo le prohibió predicar la Palabra en Asia, y “después de haber llegado a Misia, trataron de entrar en Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió”.

El apóstol era como Abraham de la antigüedad, salió sin saber adónde iba. Había cierto camino que debía tomar, y cuando trató de girar a la derecha o a la izquierda, el Espíritu se lo prohibió directamente, y se vio obligado a continuar hasta que llegó al puerto marítimo de Troas. Allí, cansado del camino, se acostó sobre su lecho, y en medio de la noche se le apareció una visión. Un hombre que por su acento y su vestido parecía macedonio, le dijo: “Ven y ayúdanos”.

Dios a veces les dice a los hombres en sueños, el secreto que no podían saber cuándo estaban despiertos. Hemos oído hablar del predicador que, cansado el sábado por la noche, no pudo pensar en un sermón, en medio de la noche lo soñó y en la mañana subió a su púlpito y lo predicó. Entonces, ¿qué maravilla, que el apóstol Pablo, especialmente dirigido por el Espíritu de Dios, después de todo el día ejercitando su mente con cansancio en cuanto al viaje que Dios quería que hiciera, después de todo, mientras dormía, tuvo una visión de alto, indicándole adónde debe ir?

Y ahora, amados, habiendo precedido así nuestro discurso, tenemos otra observación que hacer antes de proceder a una discusión completa del texto. ¡Qué ejemplo de soberanía divina tenemos en nuestro texto! El que es sabio puede ver la soberanía en todas partes en la obra de salvación, pero cuán claramente está presente aquí. Bitinia no debe oír el Evangelio, el apóstol desea ir y predicarlo allí, pero hasta ahora, al parecer, Dios no tiene la intención de que Bitinia sea evangelizada. Desea quedarse en Asia, y allí a lo largo y a lo ancho predicar el Evangelio, pero se le prohíbe terminantemente, y se le manda que cruce a Europa y allí proclame el evangelio.

¿No era esto soberanía? ¿Por qué Dios cerró la puerta en Bitinia y la abrió en Filipos? ¿Fue que Filipos era más digno, o que Bitinia lo necesitaba menos? Ciertamente no. Fue por la misericordia de Dios que envió el evangelio en cualquier momento, y cuando envió a Filipos al más eminente de los apóstoles para predicarlo, ¿quién lo culpará? ¿No tiene derecho a hacer lo que quiere con lo suyo? Pero podemos estar completamente seguros de que su soberanía no fue un ejercicio arbitrario de voluntad despótica. Era una soberanía dictada por la más alta sabiduría, porque mientras Dios gobierna todas las cosas de acuerdo con Su propia voluntad, sin embargo, se nos dice expresamente que lo hace de acuerdo con los consejos de Su voluntad, no siendo Su voluntad algo ciego y testarudo, dispuesta sin razón alguna, sino que está siempre sujeta a Su propio sentido de lo que es más sabio, y que promoverá Su gloria y el beneficio de Su criatura.

Sin embargo, aún debemos observar que la soberanía divina es lo que arroja un rico brillo sobre la gracia, cuando recordamos que es soberana y libre. ¡Oh tú, de la nación de Gran Bretaña! bendecid al Señor, que os ha enviado el Evangelio, pues, aunque sin duda hay sabiduría en ello, recuerda que también hay soberanía en ello. "Él no ha tratado así con ninguna nación. Alabado sea el Señor". Si Él lo hubiera querido, si lo hubiera creído conveniente, el Evangelio hubiera estado floreciendo este día en el centro de África, y vosotros en este momento podríais haber estado desprovistos de la Palabra del Evangelio, viviendo bárbaros como vuestros padres, manchando vuestras manos de sangre. Al grande y temible Soberano, que gobierna como Él quiere en la tierra como en el Cielo, sea la gloria por los siglos de los siglos.

Y ahora pasamos a nuestro texto. "Y se le apareció a Pablo una visión en la noche. Allí estaba un varón macedonio y le oraba, diciendo: Pasa a Macedonia y ayúdanos". En primer lugar, observaremos que la mejor ayuda que se puede ofrecer a cualquier pueblo es la predicación del Evangelio, "Ven y ayúdanos", es decir, predícanos. En segundo lugar, notaremos que, aunque no tenemos visiones ni sueños en la noche, las naciones de la tierra están llamando a la Iglesia del Dios viviente y nos están diciendo: "Ven a nosotros y ayúdanos". Y luego, en tercer lugar, concluiré haciendo solemnemente la pregunta: ¿qué es lo que queréis decir vosotros que amáis al Señor a los que ahora os piden la ayuda de un Evangelio predicado?

1. Primero, entonces, LA MAYOR AYUDA QUE SE PUEDE DAR A CUALQUIER PUEBLO ES LA PREDICACIÓN DEL EVANGELIO, y cuando digo esto, estoy expresando una verdad que no necesito guardar. El evangelio es una ayuda, no en un sentido, sino en todos los sentidos. Los que no tienen el evangelio se encuentran en la mayor necesidad de ayuda, pero cuando se lleva el evangelio, llevas todo dentro de él. En los rediles del Evangelio descansa la multiforme sabiduría de Dios, y su multiforme bondad también hacia los hijos de los hombres. He aquí, las naciones de la tierra hoy en día siguen siendo esclavas de los tiranos, muchas tierras todavía están sujetas a dinastías despóticas, que pisotean a los hombres con sus pies, como si los hombres fueran cántaros de barro para ser rotos en pedazos por las barras de hierro de los reyes.

¿Cómo se va a establecer la libertad en estas tierras? ¿Llevará la punta de la bayoneta la libertad a estas naciones que aún son esclavas? Nunca, nunca. El hierro hace nuestros grilletes, el hierro los remacha, pero el hierro nunca puede liberarlos. Necesitamos algo más potente que el acero para labrar la libertad de la humanidad. El amor, el amor al Evangelio, debe ser el fundamento de la libertad, y si, la libertad, igualdad y fraternidad, las tres grandes palabras que son herencia del mundo, deben ser siempre plenamente conocidas y realizadas, debe ser por la predicación de la Palabra de Jesús. La predicación del Evangelio es el terror de los déspotas. Si preguntas qué hace que esta tierra sea libre, todo hombre sincero debe decir que es el evangelio abierto y la predicación sin trabas de la Palabra. El lema de Glasgow es: "Que Glasgow florezca mediante la predicación de la Palabra".

Es el escudo de armas de la libertad misma. La libertad florece por la predicación de la Palabra de Dios. Es cierto que dondequiera que encuentres protestantismo, encontrarás libertad, y dondequiera que dejes atrás el protestantismo, comenzarás a sentir el yugo y a escuchar los gemidos de los oprimidos. Es cierto que el protestantismo no produce en todas partes la libertad perfecta, porque no es suficientemente fiel a sí mismo.

Todavía hay lugares donde el esclavo siente el látigo, mientras que su amo se llama cristiano, pero este no es el efecto legítimo de nuestra religión, sino más bien el efecto de un engaño que el mismo infierno inventó primero, y que nada sino la profunda depravación de los hombres podría permitir que se presentara ante la faz del sol de Dios.

¡Sí, tiranos en vuestros tronos, la piedrecilla cortada del monte, no con mano, os hará pedazos! ¡Oh, gran estatua de la tiranía con tu cabeza de oro y tus pies de barro, todavía te tambalearás, porque esto te hará pedazos, porque el Rompedor ha salido delante de nosotros, y el Rey a la cabeza de nosotros, y ¿quién puede resistir su poder? ¿Qué se opondrá al poderoso principio por el cual Cristo hace libres a los hombres?

Miren, hermanos, también, y vean cómo las naciones de la tierra yacen bajo una lúgubre superstición. Tal vez haya una cosa en el mundo peor que la realeza, y esa es la superchería sacerdotal. Que Dios nos salve de dos cosas: de los reyes tiránicos y de los sacerdotes de toda clase. Los sacerdotes de cualquier tipo son malos, pero los sacerdotes supersticiosos son los peores de todos. ¡Oh, cuántas naciones de la tierra tienen su intelecto arruinado, sus esperanzas destrozadas, su progreso detenido, toda su historia eclipsada de su gloria, su estado despojado de sus riquezas, por el maldito dominio de los sacerdotes! Los hombres se ven obligados a creer exactamente lo que el sacerdote decide.

Porque lleva sotana, porque ha sido educado en los profundos misterios de la astucia, debe ser señor sobre las conciencias de los hombres, y las conciencias y los corazones deben inclinarse ante él, dondequiera que él venga, su palabra debe ser ley, su voluntad es abrir y cerrar las puertas del cielo, porque finge que las llaves del cielo y del infierno están colgadas de su cinturón. ¿Cómo libraremos a los hombres de estas fascinantes supersticiones? De ninguna manera sino por la predicación del Evangelio. No podéis hacer libres a los hombres, ni siquiera por los gobiernos, no se les puede dar una completa libertad dándoles una república misma, porque esa república debe caer mientras exista el sacerdocio, porque la libertad y el sacerdocio concuerdan tan bien como Dios y el diablo, y no mejor, y hasta que uno caiga, el otro nunca podrá mantenerse en pie.

Pero la predicación del evangelio, que enseña que los creyentes son todos sacerdotes y reyes, que nos eleva a cada uno de nosotros a los lugares altos de príncipes y monarcas, y nos pone a cada uno de nosotros al mismo nivel que los pontífices y los sacerdotes. Este es el evangelio que todavía hará libres a los hombres, y la predicación de esto, y solo esto, es la esperanza grande y grandiosa del mundo de su liberación de la esclavitud del cuerpo, y la esclavitud aún más maldita del alma.

Pero, amados, hay algunas naciones de la tierra que nunca han probado todavía las delicias de la salvación. Se han descubierto grandes extensiones de territorio, donde la gente todavía está envilecida y degradada, el Kraal de los hotentotes aún no ha florecido en una mansión, la lanza de los nativos de Nueva Zelanda aún no ha sido completamente cambiada por una podadera. Hay muchos lugares donde todas las alegrías de la vida, las comodidades sociales y los placeres de nuestro ser, son todavía totalmente desconocidos. Ahora, el evangelio tiene bendiciones en ambas manos. Dondequiera que vaya, tiene las bendiciones del cielo, ricas y doradas, tiene la bendición de la tierra, hermosa y plateada. Ambas son cosas preciosas, y mientras creemos en el evangelio está ordenado sobre todo para bendecir al hombre en el más allá, sin embargo, el secularista mismo, si quiere ser sabio, debe interesarse en el progreso del evangelio, porque es una bendición para los hombres incluso en esta vida.

El gran civilizador es la cruz. Nada más puede convertir al bárbaro en un hombre civilizado, excepto la cruz y la visión de Cristo colgando de ella. Bienaventurados los pies de los que traen buenas nuevas de paz, porque donde traen las buenas nuevas de paz con Dios, traen también buenas nuevas de buena voluntad hacia los hombres, incluso buenas nuevas hacia los hombres como criaturas aquí, así como buenas nuevas para ellos como criaturas que han de existir para siempre. Mis queridos hermanos y hermanas, si desean bendecir al mundo, en el sentido más amplio posible, temporal, espiritual y eternamente, si queréis bendecir los cuerpos y las almas de los hombres. Si queréis bendecir a los hombres en sus hijos, en sus casas, si los bendijeras en su comida y bebida y en todas las necesidades de la vida, el único medio simple de hacer todo esto, es simplemente la proclamación del evangelio de nuestro Señor Jesucristo, y que plenamente predicado y recibido, ha sido probado en instancias que no necesito ahora detenerme a traer a sus recuerdos, instancias abundantes y recientes, para ser después de todo, el poder de Dios, no sólo a la salvación sino también a la civilización.

Hay todavía un punto más que debo mencionar aquí, en el que el evangelio es la mejor ayuda para el hombre. Debemos recordar hoy, que hay lugares en la tierra donde el suelo aún está rojo de sangre. Hay porciones tristes de nuestro globo que todavía deben tener el nombre de Aceldama, el campo de la sangre, hay lugares donde la pezuña del caballo está salpicada de sangre, donde los mismos cadáveres de hombres son alimento para cuervos y chacales, los montículos de Balaclava están aún apenas verdes, y los lugares donde descansan los restos de nuestros propios hermanos y hermanas asesinados no están cubiertos con la piedra conmemorativa.

La guerra ha devastado distritos enteros, incluso en estos tiempos recientes los perros de guerra aún no están amordazados. ¡Oh! ¿Qué haremos para poner fin a la guerra? Marte, ¿dónde está la cadena que te ata, como Prometeo, a la roca? ¿Cómo te encarcelaremos para siempre, cruel Moloc? ¿Cómo te encadenaremos para siempre? He aquí la gran cadena, la que un día ha de atar a la gran serpiente, tiene los lazos rojo sangre del amor.

El evangelio de Jesucristo, el crucificado, todavía silenciará el clarín de la guerra y romperá el arco de batalla en dos.

Felices somos, tres veces felices, que tenemos un Evangelio que hará que los hombres...

***“Cuelguen alto el casco inútil,
y no trabajen más en la guerra”.***

Extendámoslo, entonces, hasta los confines de la tierra, porque, para repetir el texto que acabo de citar, tiene bendiciones en ambas manos, dondequiera que vaya, tanto temporal como eternamente, bendice al género humano. Y cuando se haya extendido hasta sus límites más extremos, cuando toda la tierra habitable esté cubierta por ella, entonces la niebla que envuelve nuestro planeta se disipará, y brillante, como una estrella matutina recién nacida, esta tierra brillará con sus hermanas estrellas en todo su esplendor, y los ángeles cantarán una vez más, y Dios mismo repetirá su veredicto: “todas las cosas están muy bien”.

Pero, aun así, amados, la mayor ayuda que trae el evangelio es la ayuda al alma. Ah, hombres cristianos, ustedes saben lo que esto significa. Tus hermanos y hermanas andan este día con los ojos vendados, no saben dónde. ¡Ustedes saben, porque la Biblia les dice, que ellos están bajando su fatigoso camino hacia el abismo de la negra desesperación! ¡Oh, ¿no desea tu corazón que se abra el ojo ciego, que los extraviados sean encauzados por el camino del cielo, no desearía tu piedad arrebatarse de la llama el tizón de fuego? ¿No buscáis ansiosamente cómo podéis conducir a los viciosos a la virtud y a los virtuosos a la justicia que es en Jesucristo? ¿No deseas ver reunidos a los elegidos de Dios, verlos lavados, santificados y perfeccionados?

Recuerde que esto debe ser, y puesto que debe ser, es seguro que debe enviar el evangelio por todas partes, porque de ninguna otra manera los elegidos de Dios pueden ser reunidos en casa. ¿Cómo pueden creer sin un predicador? ¿Cómo pueden predicar si no son enviados? El evangelio debe ir por todas las tierras, para que los elegidos sean reunidos en casa, y venga el reino del Mesías. ¡Oh! ustedes que aman las almas de los hombres, es para ustedes un pensamiento terrible que las cavernas del infierno se están llenando. ¡Es una cosa terrible para ti ver el camino ancho tan atestado de muchos viajeros! Anheláis y deseáis que el camino angosto tenga más peregrinos. Os suplico, pues, velad por ello, que por todos los medios y por todos los medios ayudéis a la predicación del evangelio de Jesús, porque es la ayuda que pide la tierra, y la ayuda que vosotros debéis prestarle. Ven y ayúdanos predicando el santo evangelio de Cristo. Así termino con el primer punto, que el Señor nos ayude en el segundo.

2. El segundo punto es, que, aunque no en visiones de la noche, CADA DÍA Y CADA HORA, LAS NACIONES DE LA TIERRA ESTAN DICRIENDO, "VEN Y AYUDANOS". ¿No sabes que la mayor elocuencia es el silencio? Para conmover el corazón de los rectos, no se necesita la declamación del orador. La vista de la miseria silenciosa y muda es la más alta elocuencia para un corazón tierno. Es verdad, debo confesarlo, las naciones de la tierra no piden a voces vuestra ayuda, no, peor que eso, si les envías la ayuda del evangelio, muchos de ellos lo rechazarán. Vuestros misioneros han sido asesinados, los altares de los dioses falsos han sido manchados con su sangre.

Pero aun así lo repito solemnemente, las naciones de la tierra están clamando en silencio: "Ven y ayúdanos". Si viera a una persona en la calle enferma, desfallecida y moribunda, aunque no me hablara, aunque me pidiera que no fuera su amigo, pensaría que la debilidad de su silencio sería más potente que todo el poder de las palabras. En efecto, y si lo viera como un maníaco, rechazando mi ayuda y empujándome lejos de él, si estuviera convencido de que realmente era un maníaco, por eso mismo que necesitaba mi ayuda, le arrojaría mi limosna, yo de buena gana le daría mi ayuda y asistencia, y tú también debes hacerlo. Las naciones de la tierra están muertas en el pecado, ¿Cómo pueden clamar a ti?

Pero es tuyo ver su miseria, y que os hablen las pobres, pobres llagas mudas de esta tierra sangrante. Es cierto, la tierra es una maníaca y guarda la única cura. Pero, ¿qué nos importa eso? Nos corresponde a nosotros imponer nuestra bondad a los hombres que no quieren, porque creemos que su falta de voluntad surge de la locura de su enfermedad. Tomemos al pobre que ha caído en manos de ladrones. Echemos el aceite y el vino, y si no lo recibe con gratitud, porque está débil, si pone su mano sobre la herida, y rasga el linimento y desata el yeso, sin embargo, volvamos a vendarle y pongamos montarlo en nuestra propia bestia y llevarlo a la posada. Paguemos el alojamiento, aunque todavía no puede hablar para darnos las gracias, llegará el día en que la herida sane, y se quita la fiebre ardiente, cuando su cerebro esté fresco y su razón restaurada, caerá a nuestros pies y besará la mano que una vez despreció. Las generaciones no nacidas bendecirán a los hombres que enviaron el evangelio, que al principio sus padres rechazaron.

Y ahora, hermanos y hermanas, permítanme defender la causa de los mudos. Ningún hombre de Macedonia está aquí hoy para decir: "Pasa y ayúdanos", pero déjame ser el portavoz de los paganos, y te pido muy sinceramente que vengas a ayudarlo. Pienso, estaré aquí como un pagano esta mañana, y les digo, como si no hubiera escuchado el evangelio. "¡Ustedes cristianos de Gran Bretaña!" Vosotros, muy favorecidos, que conocéis el nombre de Jesús y comprobáis el poder del Espíritu, ¿predicad el evangelio a nosotros, que somos hombres como vosotros, aunque nuestra piel sea de un color menos claro que el vuestro? Sin embargo, modela nuestros corazones por igual.

¡Oh, no nos digas, porque nos alimentamos de langostas y comemos serpientes, que por lo tanto no somos de tus parientes y parientes! “No es lo que entra en el hombre lo que contamina al hombre”. Es verdad, nuestros reyes y príncipes sólo son dignos de estar al mismo nivel que vuestros mendigos, pero ¡ay! Dios ha hecho de una sola sangre a todas las naciones que habitan sobre la faz de la tierra, y de nuestras chozas y cabañas salimos hoy, y os decimos: “Somos hombres, somos vuestros hermanos, hermanos menores, es verdad, no hemos tenido doble porción de la herencia, hermanos, también, cuyos padres gastaron su parte en una vida desenfundada, pero ¿por qué los dientes de los hijos tienen dentera porque los padres han comido uvas agrias? ¿Por qué el hijo de Cam debe llevar para siempre la maldición de Canaán?”

“¡Oh, predícanos el Evangelio! Somos hombres. Madre Eva es nuestra madre, así como la tuya. Adán también es el padre de cuyos lomos brotamos. Y porque somos hombres, la simpatía común de la humanidad les pide que nos escuchen cuando decimos: Ven y ayúdanos”. Además, tenemos otro argumento. Se nos dice que “la Palabra de esta salvación os es enviada”, no para vosotros, sino para nosotros, hermanos, que no hemos oído el evangelio y que no lo conocemos. Y tenéis el tesoro en vuestra propia tierra, y creemos que tienes el tesoro que se te ha dado, para que puedas prodigarnos puñados de él. Sabemos que la antigua Judea tenía el pacto y los oráculos, y el evangelio para guardar para las generaciones venideras, y creemos que ustedes, hombres de Gran Bretaña, tienen el evangelio, no por ustedes, sino por nosotros.

Hemos oído lo que dijo vuestro Maestro: “Vosotros sois la luz del mundo”, no luz de Gran Bretaña, no luz para ustedes, la luz del mundo. ¡Vaya! lleva tus antorchas encendidas a los claros de nuestros oscuros bosques. Ven y derrama tu luz a través de las oscuras nieblas de nuestros templos idólatras. Deja que los murciélagos de nuestra superstición y los búhos de nuestra ignorancia vuelen ante la luz del sol de tu evangelio. No lo habéis recibido para vosotros, sino para nosotros. ¡Vaya! dárnoslo. Predícanos el evangelio, porque está diseñado para nosotros. Pero tenemos otro argumento, hermanos. ¡Mira nuestras miserias!

Como portavoz de mis hermanos pobres hoy, me presento ante ustedes y les recuerdo las torturas a las que se somete el pobre devoto hindú. Les recuerdo las crueldades promulgadas en el imperio chino, los horrores de un gobierno que se basa en la idolatría. Os hablo de la angustia, la indigencia, la pobreza, la desnudez, la miseria de los Bechuanas y los bosquimanos, y hablo por estos, y digo: “cristianos, ustedes tienen los medios para aliviar sus males enviándoles el evangelio. ¿No lo harás? Mira a los habitantes de la tierra de la jungla y el león. Allí están, la serpiente los ha agarrado en sus pliegues, y como la boa constrictora de sus propios bosques, está aplastando a sus naciones, hasta que las costillas del hombre fuerte se rompen, y los corazones de las mujeres se derriten como cera.

¡Y tienes la espada en tus manos que puede cortar la cabeza de la serpiente! Tu Maestro magulló esa cabeza bajo su talón, y tú debes hacer lo mismo. ¡Oh! venid, venid, misioneros de la cruz, ministros de Jesús ¡Ven y líbranos de esta hidra mortal! ¡Sálvanos de nuestro terrible destino! Nuestras miserias invocan tu ayuda. Es verdad, no podemos hablarte en un lenguaje suave, pero hubo un tiempo en que los poetas caminaban entre nosotros, y parte de la luz que brillaba en el Paraíso, doraba nuestras tinieblas, y atesoramos algunos de esos débiles rayos, y esperamos que el Sol de Justicia todavía amanezca sobre nosotros. ¡Oh! ven, quita esas nieblas. Ven, persigue nuestra noche, y déjanos ver ese sagrado, alto, eterno mediodía, que es la hija del evangelio siguiendo al Sol de Justicia.

Y ahora, hombres cristianos, permítanme hablarles como uno de ustedes. Hermanos, ustedes y yo somos soldados, soldados de la cruz, y en esta hora los mundos se precipitan a la batalla. ¡La lucha se está intensificando y somos guerreros! Vergüenza para el cobarde que evita la batalla. La trompeta está sonando hoy. Mahoma ha despertado de su sueño; el musulmán, con manos ensangrentadas, ha pretendido matar a nuestra raza; el hindú, también, el hindú de ojos mansos, sus ojos han brillado como los ojos de su tigre, y sus labios han chasqueado con sangre. La batalla está rugiendo.

No estos solos. El papismo se ha despertado, con gran esfuerzo se esfuerza por recuperar esta joya del mar, esta primera isla del océano. La infidelidad también está en movimiento, sus mirmidones están volando aquí y allá. Todo está despierto, excepto la iglesia de Dios, ¡Oh! despertad, hombres y hermanos, despertad, ahora que la lucha está en su furia más completa. Ahora es el momento de nuestro valor más desesperado, nuestro celo más ferviente. Recuerda, cada vez que doblas tus rodillas y dices: "Padre nuestro", estás diciendo una mentira al final de esa oración, si no estás buscando que venga Su reino y que se haga Su voluntad en la tierra, como se hace en el cielo, estás orando por lo que no te esfuerzas por conseguir, estás insultando a Dios al decir: "Venga tu reino", con una burla tan repugnante, como si yo dijera: "Calienta y sé saciado", a un pobre mendigo moribundo, y luego me negara a dar para sus necesidades, de modo que él podría tener sus necesidades aliviadas.

Recordad también que no podéis ser cristianos en absoluto, no en el sentido correcto de la palabra, a menos que cada uno de vosotros viaje por mar y tierra para hacer un prosélito. Debéis tener en vosotros el espíritu de propagación, deseoso de ganar a otros para Cristo, o de lo contrario la sangre genuina del cristianismo no corre por vuestras venas. De todas las cosas del mundo, el cristianismo es el más prolífico, si es que es cierto. El mahometismo de antaño tenía un gran poder para propagarse, pero no tanto poder como el que tenía el cristianismo.

La religión de Jesús empezó como un grano de mostaza, con esos pocos hombres en un aposento alto; pero antes de que transcurriera medio siglo, el evangelio fue predicado a todas las naciones debajo del cielo, y si tuviéramos en nuestros corazones un cristianismo del tipo correcto, materia caliente y ardiente, no las tibiezas fingidas de esta Era degenerada, nuestra religión, antes de otro medio siglo, habría vencido.

Si el Espíritu de Dios ha de darnos verdadera diligencia, en el transcurso de otro medio siglo no habría distrito que no hubiera sido hollado por el pie del ministro, ni pueblo o ciudad que no hubiera sido evangelizado. Sé que estoy hablando con autoridad ahora. Estoy absolutamente seguro de que lo que estoy diciendo es un hecho sobrio. Si tan solo calculara la proporción entre los cuatrocientos y el progreso realizado en medio siglo, y luego comenzara con los tres o cuatro millones, espero que haya bastante, de verdaderos cristianos en el mundo, yo digo, es poca cosa creer que, si fueran fieles a su profesión, podrían, bajo la bendición divina, llevar el evangelio en todas las partes conocidas del mundo habitable antes de que haya transcurrido medio siglo.

Sin embargo, no debemos temer que lo haremos. No hay temor de que nos encontremos con algún fanatismo. Ese es el último pecado que cometerá esta era. Continuaremos y seremos tan ortodoxos y fríos como siempre lo hemos sido. Ningún entusiasmo caerá jamás sobre nosotros. No veremos desarrollos muy grandes y extraños de un fanatismo enorme en la actualidad. No se alarmen, hermanos y hermanas. Todo lo que predico que parezca fanatismo no dañará esta época. Puedes hacer lo que quieras, predica con tanta sabiduría que nunca harás oír a esta víbora sorda. La iglesia de este día es demasiado sorda para hacer algo extravagante. Hacemos un poco, y pensamos que es algo maravilloso. Cada uno de nosotros damos cuatro peniques para enviar testamentos a China. ¡Hablaremos de ello durante los próximos cincuenta años!

Enviamos uno o dos misioneros a la India (¿y no son uno o dos, en comparación con sus necesidades?) es una gran cosa. Es bueno que toda la denominación bautista recaude veinte mil libras al año, cuando hay algunos hombres en la denominación, que ganan tanto dinero en el mismo tiempo. Es algo asombroso que de todos nosotros no podamos obtener más que eso, pero sabes que soy un joven imprudente, por supuesto, siempre lo seré, me atrevo a decir, para atreverme a insinuar que algunas personas tienen demasiado dinero para ir al cielo. Por supuesto, sería muy malo si me atreviera a decir esta mañana, que morir rico es una cosa muy espantosa, que hay algunas personas que tienen demasiadas riquezas para permitirnos tener alguna esperanza segura y cierta, de que tienen el amor de Dios en absoluto, porque si tuvieran más del amor de Dios, no agarrarían su dinero con tanta fuerza.

Dirían, “Mientras los hombres están siendo condenados, ¿cuál es mi dinero? Mientras los hombres mueren, ¿cuál es mi oro? ¡Allí va! Cuanto necesito, tengo, Dios me lo permite, tanto como necesitaré en mi vejez, tanto como mi familia pueda exigir de mí, eso tendré, pero en cuanto a más, una explosión y una maldición estarían sobre él si lo tuviera. Mi oro y mi plata estarían podridos, porque sería culpable de la sangre de las almas de los hombres, y entonces la condenación estaría a mi puerta, porque tenía suficiente dinero para enviar al ministro a predicarles, y no lo daría”.

Ahora, repito, no hay temor de que nadie se vuelva liberal por imprudencia. No debe asustarse de que alguien presente dé mil libras esta mañana. Ofrecemos una amplia acogida para aquellos que se sientan inclinados a hacerlo. Si alguien fuera sorprendido con tan enorme arrebatado de generosidad, lo registraremos y recordaremos, pero me temo que ahora no hay gente como Bernabé. Bernabé trajo todo lo que tenía y lo echó en el arca. “Mi querido amigo, no hagas eso, no seas tan precipitado. ¡Ay! él no hará eso, no hay necesidad de que usted le aconseje, pero lo digo de nuevo, si el cristianismo estuviera verdaderamente en nuestros corazones, si fuéramos lo que profesamos ser, los hombres de generosidad con los que nos encontramos ahora y que consideramos modelos y patrones, dejarían de ser maravillas, porque serían tan abundantes como las hojas de los árboles.

No exigimos de nadie que se empobrezca, pero exigimos de cada hombre que hace una profesión que él es un cristiano, que debe dar su justa proporción, y no contentarse con dar tanto a la causa de Dios como a su propio siervo. Debemos afirmar que el hombre que es rico debe dar abundantemente. Sabemos que el óbolo de la viuda es precioso, pero el óbolo de la viuda ha sido una pérdida enorme para nosotros. Oh, el óbolo de esa viuda le ha hecho perder a Jesucristo muchas miles de libras. Es algo muy bueno en sí mismo, pero la gente que gana miles de libras al año habla de dar un óbolo a la viuda, ¡qué perversa aplicación de lo que nunca se les puede aplicar a ellos! No, en nuestra proporción debemos servir a nuestro Dios.

3. Ahora, llego a la conclusión de preguntarte muy clara y directamente, ¿QUÉ QUIERES HACER EN RESPUESTA AL LLAMADO DE LOS PAGANOS, “VEN Y AYÚDANOS”? ¿Tengo en toda esta congregación un hombre que ame la sana doctrina, que tenga capacidad para predicar, y que tenga deseo de ir a predicar el evangelio en otras tierras? Porque si tengo, y si tengo otros diez que quieren darle diez libras al año, tengo una oportunidad para enviarlo de inmediato. En Port Natal hay veinte bautistas, y esos veinte bautistas están deseosos de tener un ministro que no sólo les predique a ellos, sino a las tribus salvajes de los alrededores. Recaudarán para él cien libras, si podemos conseguir el resto y enviarlos como misioneros.

¿Quién puede decirlo? podría ser otro Livingstone, ¿quizás un Moffat? ¡Oh, que tuviera el honor de enviar a alguien así de una congregación como esta! ¿No tenemos jóvenes aquí esta mañana, que estén listos para ofrecerse como voluntarios para ir y predicar el evangelio en tierras paganas? Lo confieso, cuando pienso en mí mismo, sé que no puedo irme. Mi vocación está aquí. Y, sin embargo, a veces pienso qué vida tan perezosa y aburrida es para uno predicar aquí cuando hay todos estos continentes sin el evangelio.

Algunas personas piensan que es maravillosamente difícil predicar dos o tres sermones a la semana, pero creo que predicar durante trece o catorce años es una cosa terriblemente pequeña. Y a veces pienso: "¡Oh, si estuviera en otro lugar, donde hay algunas fatigas, algunas penalidades que atravesar! No hay nada que hacer aquí. No podemos sufrir, no podemos trabajar, no podemos ganar coronas de martirio, no podemos ganar grandes batallas aquí, como quisiéramos". Sí, joven, repito, si eres ambicioso, si eres ambicioso para servir a Cristo, la altura de tu ambición debería llevarte a decir: "Deseo predicar el evangelio entre los paganos"

Espero que haya algunos aquí, al menos alguien, cuyo corazón Dios ha tocado ¡Qué! ¿Será posible que esta mañana me dirija a unas ocho mil personas y, sin embargo, de los ocho mil no haya ninguno que pueda decir: "Aquí estoy, envíame"? ¿No es extraño? Muy probablemente no lo hay. Sin embargo, espero débilmente que en algún lugar haya alguien que escriba en la tabla de su corazón: "Iré a casa a orar, iré a casa a estudiar, y si Dios me ha dado poder para predicar, si hay cualquier puerta abierta en su providencia, heme aquí. Seré predicador del evangelio en tierras extranjeras".

Y ahora, ¿qué estáis resueltos a hacer vosotros que no podéis predicar? Bueno, hay algunos de ustedes, si se van a levantar y predicar, es mejor que se sienten. No os convendría ir a predicar en tierras extranjeras, porque nadie os escucharía. A menudo me he maravillado de que algunas personas se consideren llamadas a predicar cuando no tienen la capacidad. Como les digo: "Si Dios llama a alguien a volar, le dará alas, y si los llama a predicar, les dará habilidad para predicar". Pero si un hombre no tiene la habilidad para predicar, estoy seguro de que tampoco tiene el llamado.

Bueno, ¿qué harás? Uno dice: "Oraré fervientemente en apoyo de las misiones, voy a clamar a Dios para que grandes resultados puedan llegar". Hazlo, y tendrás nuestro mejor agradecimiento por sus oraciones, pero al hacer eso, no has hecho mucho, porque recuerda, eso es lo que el sacerdote romano hizo por el mendigo. El sacerdote dijo que no le daría un soberano, que no le daría media corona, ni le daría un centavo. "Santo padre", dijo el mendigo, "¿me darás tus oraciones?" "Sí", dijo el sacerdote, "arrodíllate". "No, no es así", dijo el mendigo, "Porque si sus oraciones hubieran valido un centavo, no me las habría dado".

Y cuando dices que orarás, pero no ayudarás a la causa con algo más sustancial, aunque amamos sus oraciones, podríamos decir: "No las darías, aunque valieran un centavo". Si no tienes nada más que dar a Cristo, no debes avergonzarte de decir: "Jesús, les doy mis oraciones", pero si eres bendecido en tus bienes, estarás mintiendo ante él, si le pides que bendiga su causa, y no das de tus medios para sostenerla.

Ahora, que cada uno, como pueda, ayude a esta gran causa. Y, sobre todo, seamos todos, en nuestro ámbito, predicadores del Evangelio.

***"Buscando decirles a los demás,
qué amado Salvador hemos encontrado".***

Permítanme decir, antes de que se haga la colecta, solo esta palabra. Por desgracia, hay algunos de ustedes aquí que son tan paganos como si estuvieran en África. A vosotros os proclamo el Evangelio y habré terminado: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo, el que no creyere, será condenado. Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo".

EstudiaLaPalabra.org